

PROBLEMAS DE GARCILASO:
LA EPÍSTOLA A BOSCÁN
(versos 5 y 6)

La de editar y aún entender cabalmente a un clásico como Garcilaso, del que hay tantas ediciones y comentarios, es todavía hoy por hoy tarea que sigue suscitando dudas y problemas. Así ocurre, por ejemplo, con los versos iniciales que el poeta de Toledo escribe, hacia 1534, a su amigo Boscán:

Señor Boscán, quien tanto gusto tiene
de daros cuenta de los pensamientos,
hasta las cosas que no tienen nombre,
no le podrá faltar con vos materia,
ni será menester buscar estilo
presto, distinto de ornamento puro,
tal cual a culta epístola conviene.
Entre muy grandes bienes que consigo
el amistad perfecta nos concede
es aqueste descuido suelto y puro,
lejos de la curiosa pesadumbre;...

De los once citados, los versos cuya edición y puntuación se nos antoja más difícil son el cinco y el seis: «ni será menester buscar estilo / presto, distinto de ornamento puro». Actualmente, entre los editores, existe la tendencia de no puntuar después de «distinto» (E. L. Rivers, 1981); con todo, la edición de 1543 y casi todas las ediciones posteriores (en especial, la del Brocense, 1574, y la de Herrera, 1580) sí hacen la pausa en cuestión (cf. T. Navarro Tomás, 1911, E. L. Rivers, 1968, R. Lapesa, 1948 y 1985). A falta, además, de manuscritos que nos hayan transmitido la epístola, deberemos buscar la solución entre los testimonios aducidos y el contexto literario que haga mínimamente inteligible las palabras de Garcilaso.

Pero no sólo es dudosa la puntuación sino ya la interpretación de todo el pasaje. Garcilaso —creemos entender— no parece encontrar dificultad en hallar ni materia ni estilo apropiados para la misiva que dirige a Boscán; de haber querido escribir «culta epístola», en cambio, debería haberla escrito usando un «estilo presto, distinto d'ornamento

puro...»; pero se aviene al «descuido suelto y puro» concedido por «el amistad perfecta». La primera dificultad de sentido con la que nos enfrentamos es la de la lectura y anotación de «presto»: porque si lo leemos, según suelen hacerlo los editores, como «fácil, rápido» difícilmente podremos alinearlos entre los rasgos de una «cultura epístola», sin incurrir en contradicción, a no ser que pongamos en relación la «cultura epístola» con el *sermo* horaciano. De hecho, «presto» aplicado a «estilo» debe caracterizar al *numerus* o *cursus* ligero, en contraposición al grave, propio de la poesía heroica. En *l'Arte poetica* (1564) de Antonio Sebastiano Minturno, por ejemplo, hablando de la *elocutio*, se lee una concatenación de palabras parecida a la que usa Garcilaso: «La volubile e presta [entre las formas *nello scrivere*] sarà se spesso, inciso e distinto e vibrato fia el dire ad incitare e muovere altrui: ilche si fà ampliando, accrescendo, radunando molte cose insieme, dimanando, disgiuntamente e senza congiuntioni parlando, ripetendo di membro in membro e di giuntura in giuntura...; usiamo le uoce correnti & i uersi di pochi acenti o pur de *numeri presti o ueloci*...». Precisamente, las palabras que Garcilaso escribe a Boscán están distribuidas en frases largas, y no en miembros breves (*incisa*), yuxtapuestos unos con otros; el toledano conversa con el amigo ausente dejándose llevar por el lenguaje, encadenando y encabalgando oraciones, alargando y soltando las riendas del pensamiento: invoca el nombre de la amistad para hablar lentamente con el amigo. A la luz del pasaje de A. Minturno, podría entenderse «distinto» como sinónimo de «inciso» y, claro está, no dependiendo «de ornamento puro»: de hecho, «distinctum» es término que en las *artes dictandi* designa la puntuación, «necesaria para señalar la división de la frase en cláusulas»¹. Sin embargo, costaría relacionar el estilo rápido, conseguido a base de encadenar frases con parecidas estructuras sintácticas, limpio de ornamento, con la cultura epístola.

Pero si resulta casi imposible compaginar el sentido de «estilo presto» con el de «cultura epístola», entonces, lógicamente, cabrá preguntarse si «presto» puede tener otros sentidos. El adjetivo, como se sabe, está tomado del latín tardío *praestus*, -a, -um, ya por derivación del adverbio *praesto*, ya por evolución de la perífrasis latina *praesto esse* ('essere portata di mano' i.e., 'pronto'). En castellano medieval, *presto* suele significar 'preparado' y 'de prestar' equivale a 'excelente'²; en italiano,

¹ C. FAULHABER, «Las réticas hispano latinas medievales», *Repertorio de historia de las ciencias eclesiásticas en España*, vol. VII, Salamanca, 1979, p. 23; vid. ahora C. DE NIGRIS, «Puntuación y pausas in Enrique de Villena», *Medioevo Romanzo*, IX (1984), 421-442.

² Así, en latín, lo recogen C. DUCANGE, *Glossarium mediae et infimae latinitatis*, vols. VI-VII, Gruz, 1954, p. 473: «*praestus*: 'paratus'»; o J. F. NIERMEYER, *Mediae Latinitatis Lexicon minus*, Leiden, 1974, p. 842: «*praestus* (adj.) (<*praesto*): 'prêt, disponible, disposé..., prepared'»; en castellano, lo registran don R. MENÉNDEZ PIDAL, ed., *Cantar de Mio Cid*, vol. II, Madrid, 1977⁵, p. 809: «*presto*, adj., 'preparado'»; y el *Diccionario de*

además de 'preparado', *presto* puede ser sinónimo de 'aconcio [idóneo, conveniente, alto, ornamento]' y de 'propizio, favorevole'³. Cualquiera de estas probabilidades encajaría como adjetivo puesto en pie de igualdad con «distinto, de ornamento puro» o con «distinto de ornamento puro» y enfrentado a «[este descuido] suelto y puro»: mientras el sentido de 'preparado' está de acuerdo con la espontaneidad y naturalidad que el poeta sí busca, el de 'excelente, elegante' parece más conveniente que se yuxtaponga a «distinto de ornamento puro» (con o sin pausa después de «distinto»). En fin, así leído el pasaje, Garcilaso parece no querer recurrir a un 'estilo preparado' (o, en última instancia, elegante), sólo en las epístolas cultas, porque pretende escribir al hilo de sus pensamientos, suscitar el estilo a medida que vaya conversando con el amigo... En otras palabras, nuestro poeta viene a decir que no va a proceder según procedería de componer una «culto epístola»; que no va a buscar un estilo impuesto por la preceptiva, con ornamento, por más señas, tal como convendría a una carta con mayores pretensiones literarias, sino que se va a dejar llevar por el fluir de sus ideas, a lo que salga; que luego podrá ser que, sin proponérselo, le hayan salido varias cosas; que haya empezado con el tono de una epístola moral, discurriendo sobre la amistad a zaga de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles; que después haya pasado abruptamente a vituperar (con el estilo satírico propio del *sermo*) «el tratamiento / del camino de Francia y sus posadas»⁴; y que haya acabado, al fechar la carta y dar el lugar desde donde la escribe, hábitos ambos comunes en lo antiguo, con una referencia a Laura, «el claro fuego del Petrarca». La interpretación que acabamos de proponer es posible pero bastante improbable, porque fuerza a entender «presto» en sentidos poco habituales no sólo en la obra garcilasiana sino también en la lengua castellana del siglo XVI: de hecho, «presto» como 'elegante' es voz que no puedo documentar.

Mayores problemas plantea la puntuación del verso 6. Si no hacemos ningún tipo de pausa antes de «ornamento puro», «distinto», sólo puede valer 'distinguido, señalado' y ha de depender de cuanto le sigue ('distinguido por el ornamento puro'): cabría suponer que «estilo / presto, distinto de ornamento puro», con estructura bimembre, tiene algún punto de contraste con «descuido suelto y puro» y que «tal cual a culta epístola conviene» guarda relación con «lejos de la curiosa pesadumbre». Pero si se coloca una coma en el lugar mencionado, «distinto»,

autoridades: «presto: significa también 'aparejado'». Cfr. también J. Corominas-J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, IV, Madrid, 1981, pp. 646-647: «Presto adjetivo..., tomado del latín tardío *praestus...* (clásico *praesto* invariable) 'presente, a mano', 'pronto, dispuesto' voz afín a *praestare*».

³ Cfr. N. TOMMASEO y B. BELLINI, *Dizionario della lingua italiana*, Turín-Nápoles, vol. III, 1871, p. 1213.

⁴ Vid. C. GUILLÉN, «Sátira y poética en Garcilaso», en *Homenaje a J. Casaldueiro*, Madrid, 1972.

como adjetivo, tolera varios sentidos. El más citado y el que se ha dado casi por firme es el de 'adornado', extrañamente equiparado a «presto» con el valor de 'ligero, fácil': parece difícil pensar que Garcilaso llega a yuxtaponer dos adjetivos con significados tan contrapuestos. No obstante, «distinto» puede alinearse junto a «presto» y junto a «de ornamento puro,» si se sabe que también es posible interpretarlo como 'claro, sencillo' (tal y como lo recogen el *Thesaurus* y el *Diccionario de autoridades*)⁵; pero no resulta nada fácil imaginar que un estilo con tales propiedades ('ligero, claro y limpio de ornamento') sea el propio de una «culto epístola». ¿Cómo obrará, pues, el editor de Garcilaso, forzado a decidirse por puntuar o no puntuar el texto, y a dar cuenta de esa decisión? Pero antes de decidimos por alguna solución, convendrá seguir analizando otros puntos del pasaje.

Para los anotadores antiguos y modernos del texto, «puro» tampoco es aquí palabra con un sólo sentido, e incluso un editor tan solvente como Eliás L. Rivers ha sugerido que podría tratarse de una errata⁶. Desde luego, el «puro» de este verso no está usado en el mismo sentido que el «puro» del verso 10: Garcilaso no suele situar a final del verso homónimos con igual significado (y del primer al segundo «puro» sólo van cuatro versos). Claro que la *puritas* aludida en el verso seis no equivale a «nuditas, cum nihil ornamenti admiscetur» (Escaligero, *Poetices*, IV [*Parasceve*], p. 427); y más bien cabe ver ahí una caracterización del «ornatus»⁷, que, según Quintiliano ha de ser 'fuerte', 'viril' y 'honesto', y que no debe atender a una 'fluidez demasiado afeminada' ni a un 'color muy pronunciado': *Sed hic ornatus (repeteam enim) uirilis et fortis et sanctus sit nec effeminatam leuitatem et fuco ementitum colorem amet*: sanguine et uiribus niteat. Hoc autem adeo uerum est ut, cum in hac maxime parte sint uicina uirtutibus uitia, etiam qui nitiis utuntur uirtutum tamen iis nomen imponant»; quienes escriban siguiendo directrices contrarias no podrán considerarlo enemigo de lo *culto*: «*Quare nemo ex corruptis dicat me inimicum esse culte dicentibus*: non hanc esse uirtutem nego, sed illis eam non tribuo. An ego fundum cultiorem putem in quo mihi quis ostenderit lilia et uiolas et enemonas sponte surgentes quam ubi plena messis aut gaus fructu uites erunt?...» Así, resulta fácil entender la ilación que fuerza Garcilaso cuando confiesa que «no será

⁵ Así lo traduce C. GUILLÉN («a style / swift, clear, pure of ornament...»), «Notes toward the study of the Renaissance Letter», en *Renaissance Genres*, ed. Barbara K. Lewalski, Cambridge, Mass., 1986, p. 25.

⁶ «Quizá sea errata *puro*, que luego aparece más apropiadamente en el verso 10» (GARCILASO DE LA VEGA, *Obras completas, con comentario*, Madrid, 1981, p. 259, n.). Por otra parte, nada escribe al respecto en su artículo (excelente por otros muchos conceptos) «The Horatian Epistle and its introduction into Spanish Literature», *Hispanic Review*, XXII (1954), 175-194.

⁷ Es decir, 'de ornamento simple'; y cfr. J. F. NIERMEYER, *op. cit.* p. 872: «*purus*: 'simple'».

menester buscar estilo... / distinto de ornamento puro, / tal cual a culta epístola conviene»: porque, con el testimonio de Quintiliano, sabemos que el estilo caracterizado por ser limpio de ornamento no es menos 'culto'; y porque, según la *Rhetorica ad Herennium* (IV, xii, 7), «Elegantia est quae facit ut locus unus quisque pure et aperte dici videatur».

Al «estilo... distinto de ornamento puro» o al «estilo... de ornamento puro», efectivamente, aspiraron en el siglo XVI quienes escribieron «cultas epístolas», por más que tampoco a él fueron ajenos quienes practicaron otros géneros literarios no menos cultos. En el Renacimiento, J. L. Vives, por ejemplo, escribía en su *De conscribendis epistolis* (1536) que «el mejor adorno de una carta era una sencillez aseada, y que la más pulida era la que iba sin pulimento alguno» («itaque veteres plurimi ornari existimabant epistolam simplicitate et excultissimam esse sine cultu») y allí mismo también atribuía a creencia de los antiguos que «lo sumo y lo primo del arte epistolar es no poner ningún arte, siempre que su contenido no fuese necio ni impropio ni contuviera trastorno ni desorden y fueran puras las voces de la lengua en que la carta estaba escrita, pues lo vocablos entonados y solemnes, rebuscados, y tumefactos, afectados, creyeron no servir al decoro de la carta, sino a su irrisión, como las plumas de pavo real de que hiciera galá una corneja»⁸. Del mismo modo, pues, la epístola más culta («excultissimam») será la del «estilo / presto (“simplicitate”), distinto “sencillo”, de ornamento puro» o, también, «distinto de ornamento puro» («sine cultu»): así, Garcilaso, como Vives, entiende la sencillez como el rasgo más culto de la epístola; pero, en su propósito de conversar con el amigo, ni tan siquiera va a necesitar del estilo más codiciado para «culta epístola»: porque el suyo sólo anhela el «descuido suelto y puro» que otorga «el amistad perfecta».

La *lectio* de un par de versos de Garcilaso suscita, como hemos visto, no pocas *quaestiones* cuya solución se nos hace cada vez más cuesta arriba. Porque, de las posibilidades propuestas, ¿por cuál optaremos? ¿Por presentar «presto», «distinto» y «de ornamento puro» como característicos de un estilo elevado y propios, lógicamente de una «culta epístola»? ¿O por considerar los adjetivos en cuestión como rasgos de un estilo simple («simplicitate») pero apropiados y deseados para la epístola más culta («excultissimam»? Pero, además, a la hora de fijar el texto, ¿pondremos o no pondremos la coma después de «distinto»? Los editores modernos, a zaga de los antiguos, empezaron por poner ahí una coma (vid, arriba, pág. 1) y, posteriormente, sin mediar justificación alguna, decidieron dejar de ponerla: y, al menos, deberemos convenir que forzosamente variará el sentido de «distinto», de obrar de una u otra forma.

⁸ JOANNIS LUDOVICI VIVIS, *Opera omnia*, tomo II, Valencia, 1782, pp. 297-298; traducción castellana por Lorenzo Riber, Madrid, 1948, pp. 868-869.

Con todo, acabaremos sugiriendo algunas soluciones. En principio, podríamos aceptar como ampliamente difundida en el Renacimiento la poética que Vives esboza sobre la epístola: «itaque veteres plurimi ornari existimabant epistolam simplicitate et excultissiam esse sine cultu». Porque la tradición medieval del *ars dictandi*, ya fuera francesa, ya italiana, al prescribir una serie de reglas para la composición de la frase, había convertido el *ornatus* epistolar en complicada ciencia retórica: «In presenti scientia que dicitur ars epistolaris ornatus, eo quod artificiose poliendun et exornandum epistolas suis nos artatregulis», según reza el inicio del *Ars epistolaris ornatus* de Gaufridus de Everseley. Pero los humanistas italianos, desde Lorenzo Valla a Nicolás Perotti, asociaron el lenguaje epistolar con el lenguaje usado en la conversación de cada día: pues la carta no era otra cosa que un diálogo con alguien ausente, según venía aceptándose desde Demetrio de Falero. En la península, fue Fernando Manzanares, discípulo de Nebrija, quien propaló tales ideas: «Sed aduerte que in epistolas scribendis multa observanda sunt. Idque in primus ut stilus inferior sit clarior el quasi familiarior quam cum orationes uel historias scribimus». También la antigüedad clásica nos legó la conveniencia de usar un estilo y una sintaxis más suelta cuando escribiéramos, sobre todo, a un amigo: al citado Demetrio, a Quintiliano y, más recientemente, a Aquila Romano cabe hacer responsables de tal recomendación (Angelo Poliziano recuerda a los dos últimos en el prólogo de su *Libro de epistolas*). La prosa u *oratio* epistolar suele caracterizarse por el uso menos rígido de cadencias y ritmos, por el empleo de frases cuyas cláusulas parecen más relajadas; en retórica se conoce este tipo de prosa como *oratio soluta*. Hacia 1470, por ejemplo, un habitante de Brujas escribe a su sobrino, estudiante del colegio lovaniense del Lilio, reclamándole que en sus cartas se aleje un poco del estilo métrico que allí le enseñan y utilice otro más suelto:

Quasdam michi epistolarum formulas certe lucentis multisque poeticis ornamentis depictas in pedagogio Lillii scholaribus datas transmittere dignatus es. *Sed ecce ut tecum libere loquar*, optime nepos, prebe aurem et accede proprius, ne qua externa auris interueniat et audias in secreto. Nescio quid mihi videatur quod iste formule ab epistolis Ciceronis et mo scribendi aliorum oratorum ex eo discedant, quod multis crebreant quibusdam numeris cadentiis que poeticis a libera solutaque oratione alienis videtur... *Nihil ergo superest quod mihi dulcius optatiusque facere possis quam adhuc mihi alias formulas solutori tamen stilo mittere*¹⁰.

El anónimo flamenco, recién llegado de Italia, ya se hace eco de un nuevo estilo de redactar las cartas familiares y parece rechazar el estilo

⁹ Véase ahora N. MUÑOZ, *Teoría epistolar y concepción de la carta en Roma*, Granada, 1985, pp. 43-44.

¹⁰ *Apud* G. G. MEERSSEEMAN, «La raccolta dell'umanista fiammingo Giovanni de veris *De arte epistolandi*», *Italia medioevale e umanistica*, XV (1972), p. 233.

métrico o el *cursum latinum* que aún seguían enseñando en las escuelas de Chartres y Lovaina.

En este ámbito, pues, conviene situar el «descuido suelto y puro» que Garcilaso invoca en nombre de «la amistad perfecta»; y podría verse cierta equivalencia entre *oratio soluta* epistolar y el verso suelto utilizado aquí por el toledano. Pero el planteamiento de la epístola garcilasiana se halla, significativamente, próximo al que hace Pedro Victorio cuando traduce y parafrasea por extenso el *De elocutione* de Demetrio (Florencia, 1554). Ahí, el humanista italiano relaciona el estilo suelto de las epístolas con el interlocutor a quien suelen dirigirse; y cree del todo inadecuado escribir a un amigo en la soledad de la casa como si estuviera hablando a una muchedumbre en el foro, o poner excesiva diligencia en asuntos, cual la amistad, que requieren sencillez. En tales ocasiones, pues, es fácil lograr la belleza sólo con palabras simples y puras; lejos del ornamento y del rigor del período y el número, el estilo suelto transparenta más nítidamente nuestras formas de ser y vivir:

Ridiculum est orbes illos in epistola fabricare, qui vocantur περίοδοι, tanquam si causam aliquam in foro agas, & non domi epistolam scribas; nec tantum ridiculum, verum etiam alienum ad officio amicorum in ter se prius illud obest, quia iudicat iudicio carere qui scribit ornareque rem alieno decore & quod illic aptum non est; alterum impredit consilium ipsius, qui fortasse id molit[o]batur, ut iucundior esset amico; contra enim cura illa tanta diligentiaque prae se fert omne aliud magis quam simplicitatem illam, quae postulatur in amicitia... Demetrius inquit componere illum venustissimum scriptorem verba simpliciter & pure, & qui viderit non ex periodis & numeris, ser ex soluta locutione nasci mores...

La epístola que Garcilaso manda a Boscán está cortada por patrones humanistas y alejada de la tradición del *ars dictandi*. Con tal punto de partida, convendría considerar el «estilo presto, distinto, de ornamento puro» como una referencia al nuevo estilo con que los humanistas escribían sus cartas más o menos cultas («ítaque veteres plurimi ornari existimabant epistolam simplicitate et excultissimam esse sine cultu», escribe por esos años J. L. Vives); y, por ahí, habría que entender que Garcilaso aspira a «el descuido suelto i puro», porque el diálogo con el amigo exigía un estilo más suelto y más íntimo, un estilo menos de escuela y más a la medida del hombre.

El editor y el lector de Garcilaso necesita de cierto contexto para comprender el texto. Pero, finalmente, ¿puntuaremos o no puntuaremos el texto después de «distinto»? El contexto no resuelve la duda, pues ambas opciones son posibles dentro del ámbito humanista en que hemos situado la epístola. Entonces, habremos de recurrir a otros criterios. Decía arriba que de nuestra epístola no conocemos transmisión manuscrita; y seguramente no la hubo, porque Boscán debió de enviar a la imprenta de Carlos Amorós una copia del autógrafo, si ya no el mismo

autografo. Por tanto, la lectura de la edición de 1543, con la coma después de «distinto», posiblemente es la que rezaba en el original.

Fuera como fuere, no dejamos de movernos dentro del campo de la duda y la suposición. La presente comunicación simplemente ha pretendido plantear los numerosos problemas que aún sigue provocando la edición de un clásico de la talla de Garcilaso.

Bienvenido MORROS